

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2016

© Noemí López Trujillo y Estefanía S. Vasconcellos

© Libros del K.O., S.L.L., 2016

Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511

28020 - Madrid

ISBN: 978-84-16001-63-7

DEPÓSITO LEGAL: M-38176-2016

CÓDIGO IBIC: DNJ

DISEÑO DE CUBIERTA: Álvaro Valiño

FOTO DE CUBIERTA (GANSOS): Peter Curbishley

MAQUETACIÓN: El Pulpo Design

CORRECCIÓN: Ana Doménech

Una amiga nos contó la teoría del *chocolomo*. Esta chica habló con un amigo suyo de Madrid que no encontraba trabajo en España, es médico de algo potente, lo que le ofrecían era una basura y terminó probando suerte en París. Tenía un buen trabajo pero a la vez estaba muy hartó: tener vida social con los franceses era imposible, la gente era como muy snob. Estaba un poco en crisis y decidió volverse a Madrid porque echaba de menos a la familia, la gente, un poco de vida social... Ha conseguido trabajo en Madrid pero está un poco puteado, no está muy contento. Lo habló con un amigo y uno le dijo: «A ti lo que te pasa es lo del *chocolomo*». Y le dijo: «¿De qué coño me estás hablando?». «Mira, la teoría es muy sencilla: lo que te pasa ahora mismo es que te apetece mucho comerte un bocadillo de chocolate y te apetece mucho comerte un bocadillo de lomo, pero tienes que decidir chocolate o lomo, porque desgraciadamente el *chocolomo* no existe». Cuando nos lo contó nuestra amiga dije: «Me cago en la leche, ¿es eso lo que pasa?».

— Ernesto Filardi

PRÓLOGO

Circula por internet la imagen de un gajo de mandarina perfectamente incrustado en un diente de ajo. El Frankenstein vegetal está rematado con una frase: «No todos los lugares en los que encajas es donde perteneces». El sentimiento de pertenencia es complejo, pero suele asociarse a la idea de hogar: una ciudad, una familia o un grupo de amigos donde hallamos cierto reposo vital, donde no tenemos la sensación de estar en tránsito hacia alguna parte. Cientos de miles de españoles han abandonado su hogar desde 2008. Lo hicieron por diferentes motivos, pero principalmente porque sus expectativas —laborales, académicas y vitales— fueron barridas por la crisis económica. Unos culpan a los políticos por la penosa gestión. Otros señalan la responsabilidad de los propios ciudadanos. Los de más allá, a los «mercados» y a la globalización financiera.

Las historias recogidas en *Volveremos* conforman una «memoria oral de los que se fueron», dice el subtítulo, una de las muchas posibles. Los protagonistas de este libro — y sus familias— han compartido sus recuerdos con nosotras de forma generosa para poner rostro a las estadísticas y, sobre todo, para no olvidar. Les damos las gracias por ello.

Muchos han verbalizado su experiencia por primera vez: se han sentado delante de una pantalla en Canadá, Inglaterra o Alemania, se han abierto el pecho y le han puesto palabras a lo que veían dentro. Unos han encontrado un nuevo hogar, otros quieren volver cuanto antes al anterior. La mayoría se autodenomina «emigrante», poniendo el acento en el acto de *salir* de su país. El término «inmigrante» tiene una extraña connotación negativa —*entrar* en el país de otro—. En el capítulo dedicado a la identidad, los protagonistas reflexionan también sobre expresiones como «exiliado económico», «aventurero» y «emigrante forzado».

Todo emigrante es inmigrante, dependiendo desde dónde se mire, de la construcción de su «yo» en cada espacio, lo que nos lleva a otro detalle: en algunas conversaciones, los protagonistas confunden el «aquí» con el «allí». Es decir, hablan de España como si estuviesen en ella, y usan el adverbio más lejano —allí— para referirse al lugar en el que se encuentran.

LOS QUE SE VAN Y LOS QUE SE QUEDAN

Es difícil cuantificar el número de emigrados durante la crisis. Las estadísticas oficiales no reflejan la realidad del fenómeno. Uno de los estudios alternativos más recientes es el que realizó en 2013 la socióloga Amparo González-Ferrer¹, investigadora del CSIC. En 2012, el Instituto Nacional de Estadística estimaba que desde 2008 habían emigrado 225.000 españoles; González-Ferrer calculó que la cifra real se acercaba a los 700.000. «Los datos oficiales están basados en las bajas padronales, que se producen solo si los emigrados se dan de alta en los consulados de España. Esta inscripción muchas veces no se realiza aunque la persona viva fuera durante años». En 2013, España era el segundo país que más emigrantes laborales enviaba a Reino Unido, solo por detrás de Polonia; tres años antes estaba doce puestos más abajo.

La investigadora distingue entre los nacidos en España y los extranjeros que han obtenido la nacionalidad española. «No es porque haya españoles de primera o de segunda, sino porque es una pista importante: el que ha nacido aquí tiene más probabilidades de volver. La posibilidad de que los que no han nacido en España regresen es muy inferior».

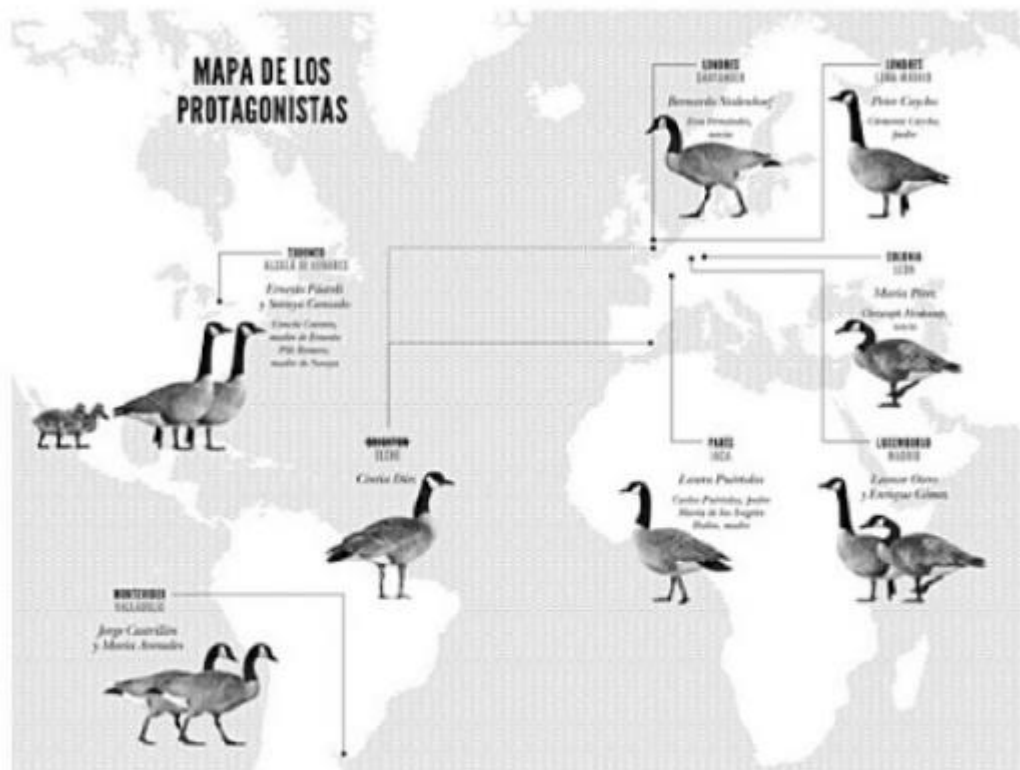
Pese a todo, González-Ferrer opina que el fenómeno se sobredimensionó en los medios. No en cifras, sino en atención. «El discurso de “estamos perdiendo a los jóvenes” es muy agradecido porque todo el mundo se sentía un poco víctima, son como “los nuestros”. Había gente que no podía permitirse ni un día de búsqueda de trabajo en otro país, que no tenía contactos ni sitio donde quedarse. Pero esas personas no salían en la prensa». La investigadora sostiene que quienes han emigrado —principalmente personas cualificadas de entre 25 y 34 años— lo han hecho porque podían. «Hay bastantes indicios de que la gente que se ha ido estaba menos dispuesta a soportar el descontento aquí. El perfil era el de alguien insatisfecho con el sistema político, más crítico con el Partido Popular y con el PSOE, con una percepción más elevada de la corrupción y que había participado en el 15M o en protestas por la vivienda». Añade otro dato clave: quien ha emigrado una primera vez es más probable que lo haga una segunda.

En este relato vivo de los emigrados hay quienes añoran a su familia, un lugar o un recuerdo de una España a la que nunca regresarán; los hay que sienten nostalgia de lo no vivido —una huida deseada, un fracaso antes siquiera de hacer la maleta—; unos pocos que buscan billete de vuelta; y otros que ya no vuelven la vista atrás. La nostalgia se aloja en el cuerpo y se convierte en un órgano más cuya función vital es debilitarte o fortalecerte. Los protagonistas de *Volveremos* no son mártires ni héroes. Son gajos en busca de mandarina.

Madrid, octubre de 2016

¹ González-Ferrer, Amparo (2013). «La nueva emigración española. Lo que sabemos y lo que no», *ZOOM Político* 18. http://www.fundacionalternativas.org/public/storage/publicaciones_archivos/5785a8486ea7ec776fd341c9ee8f4b7b.pdf.

MAPA DE LOS PROTAGONISTAS



LOS PROTAGONISTAS

ERNESTO FILARDI (Alcalá de Henares, 1974). Licenciado y doctor en Filología Hispánica, además de poeta y dramaturgo. Ernesto y su esposa Soraya dejaron el país en 2013 con dos gemelas recién nacidas, Amelia y Victoria. No acaba de acostumbrarse a los treinta y cinco grados bajo cero que le reciben cada vez que sale de casa en invierno, pero Canadá es un lugar en el que puede prosperar: empezó trabajando en una fábrica de salchichas y ahora lo hace en un *college* de Toronto. Cuando saca a sus hijas del baño las llama «señora pato» y «señora pulpo». Si algún día alguien le pregunta por qué dejó España para criar a Amelia y Victoria en Canadá, dice que se encogerá de hombros y se remitirá a los informes sobre paro y pobreza infantil que se publicaron en los años de la crisis. Su madre, **CONCHI CARRERO** (Alcalá de Henares, 1939), también emigró a Canadá cuando era joven. Llegó allí el 23 de diciembre de 1966, siguiendo a su marido, que se había ido unos meses antes a buscar trabajo. Llegó a Montreal con una gabardina amarilla, dos trenzas largas, las maletas y los niños, y regresó a España con un nuevo marido tras la muerte de Franco. Ernesto tenía entonces tres años. Cuando **SORAYA GONZALO** (Torrejón de Ardoz, 1982), licenciada en Filología Hispánica, supo que estaba embarazada, se imaginaba pintando la habitación de las niñas. Su idea de nido era estar cerca de la familia: «Pero nos tuvimos que marchar», dice. **PILI ROMERO** (Torrejón de Ardoz, 1952), la madre de Soraya, tenía unas ganas inmensas de ser abuela, pero de momento tiene que conformarse con ver a sus nietas a través de Skype. Culpa a la clase

política de que su hija se fuese. «Quiero escribirle una carta a Rajoy para decirle: es usted un sinvergüenza».

LEONOR OTERO (Madrid, 1979). Licenciada en Filosofía y en Teoría de la Literatura, y doctora en Filología. Cuando emigró, España aún no había despertado del sueño de la Champions de la Economía. Se marchó a Luxemburgo con su pareja —ahora marido— en 2008, cuando el malestar económico y político solo era una leve fiebre. Su desarraigo no es patriótico, sino educativo: lo ha dado todo por la Universidad pública y ahí es donde se imagina hasta la jubilación. A finales de 2015, después de disfrutar de un contrato postdoctoral en la universidad de Estrasburgo, volvió a España para cobrar cuatro veces menos como profesora en la Universidad Complutense de Madrid. Su marido, **ENRIQUE GÓMEZ** (Madrid, 1979), sigue en Luxemburgo, intentando encontrar un trabajo en España. Ella esperaba que volviese antes de dar a luz por segunda vez, pero no ha sido así. Enrique es licenciado en Económicas y trabaja en una compañía de comunicaciones. Le da pánico volar, pero coge un avión cada fin de semana para reunirse con Leonor y sus hijos.

PETER CAYCHO (Lima, 1991) llegó a Madrid con unos meses de vida. Su familia emigró desde Perú «en la época boyante de España». Estudió un curso de Formación Profesional de Diseño de Aplicaciones y hace cuatro años se marchó a Londres. Asegura que la situación política y económica no influyó en su decisión: necesitaba un cambio de aires, tuvo algunos trabajos precarios y cada vez se sentía peor pidiéndole dinero a sus padres. No se considera emigrante, sino aventurero. No quiere quedarse en Inglaterra a largo plazo: está allí para madurar, ganar algo de dinero y ser independiente. Su padre, **CLEMENTE CAYCHO** (Lima, 1963), abandonó su trabajo en el Ministerio de Defensa persiguiendo la promesa europea: «Me dijeron que era un loco, y de loco nada porque yo lo que quería era mejorar la estabilidad de mi familia. Nosotros vemos Europa y Norteamérica como un sueño de alcanzar».

LAURA PUÉRTOLAS (Jaca, 1989). Licenciada en Historia y máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad. Después de terminar sus estudios pasó un año encadenando trabajos basura en Madrid. En 2014, Alice

Mouton, investigadora del Centre National de la Recherche Scientifique (el CSIC francés), la animó a hacer una tesis con ella en París. Vive con una familia que le ofrece alojamiento a cambio de cuidar a sus hijas, pero sus padres la siguen ayudando económicamente. Cuando acabe el doctorado quiere volver a España y dedicarse a la investigación, pero lo ve muy negro, casi tanto como su área de estudio: prácticas religiosas y brujería en la cultura hitita. Sus padres, **CARLOS PUÉRTOLAS** (Jaca, 1959) y **MARÍA DE LOS ÁNGELES RUBIO** (Jaca, 1961) —él camionero y ella profesora de primaria— dicen que lo peor de tenerla lejos no es no poder abrazarla: «El mayor problema es que no terminamos de verla feliz».

MARÍA PÉREZ (León, 1988) estudió Ingeniería en Diseño Industrial. Después de terminar la carrera pasó un año en Londres para mejorar su inglés. Regresó a España en 2011 y empezó a buscar trabajo. En diciembre le hicieron una entrevista para un puesto de ingeniera en Colonia (Alemania). No hablaba alemán y no quería volver a irse, pero sus padres la animaron: la empresa le ofrecía treinta mil euros al año («¡y sin experiencia!»). En España solo había encontrado becas de quinientos euros al mes: «Las cosas cayeron por su propio peso», recuerda. Ahora es *projekt manager* en una empresa internacional y tiene un buen sueldo, pero dentro de unos años le gustaría mudarse con su chico a Barcelona, casarse y ser mamá. María nos revela un dato estremecedor: los alemanes mean sentados. Su novio, **CHRISTOPH HEUKAMP** (Bonn, 1973), también ingeniero, no habla español pero sabe las cuatro palabras básicas del idioma: «Dos cervezas, por favor».

JORGE CASTRILLÓN (Valladolid, 1977). Licenciado en Historia y máster en Desarrollo y Cooperación Internacional. Saltó de beca en beca durante seis años (Roma, Londres, Ámsterdam) y trabajó en la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). Regresó a España en 2010, después de pasar tres años en Guatemala, y el país que lo recibió estaba enrarecido. Jorge se metió de lleno en el 15M, le gustan las cámaras y tiene el don de la palabra, pero tuvo menos éxito buscando trabajo. Recibió varias cartas de la Policía: no eran de amor, sino propuestas de sanción por manifestarse sin autorización. Un ERE en la

empresa de su novia, **MARÍA ARENALES** (Valladolid, 1983), le dio el empujón definitivo para irse con ella a Uruguay. Se conocieron aquel año en el que la gente floreció en las plazas: él como portavoz de los indignados y ella como reportera de Televisión Castilla y León. Ahora producen un programa sobre inmigrantes en la cadena pública uruguaya. Hablan de España con amargura, pero siguen pensando que podemos.

CINTIA DíEZ (Elche, 1988) nunca llegó a comprar un billete para huir de España, a pesar de haberlo planeado en dos ocasiones. Tenía miedo a fracasar y a perder lo único estable que tenía en su vida: una nómina en el McDonald's. Cuando la contrataron en 2006 pensó que sería algo temporal, pero ya lleva diez años sirviendo hamburguesas. Gracias a eso ha podido ayudar a su madre, que estuvo a punto de ser desahuciada. Soñaba con ser médica, aunque no pudo estudiar la carrera. «Al menos soy técnico superior en Anatomía Patológica y Citología, que es lo más parecido a llevar una bata blanca», dice.

BERNI STALENHOEF (Santander, 1979), licenciado en Filosofía y Políticas en la Universidad de Reading, y Pensamiento Político en la London School of Economics. Creció montando Legos y ayudando a sus padres en las campañas navideñas de la juguetería San Carlos, un negocio familiar abierto en 1944. Con 13 años su familia le mandó a estudiar a Inglaterra. Su padre falleció en 2003, y poco después Bernardo regresó a Santander para echar una mano y ponerse al frente de la tienda. Después de años de búsqueda minuciosa y tras pedir un crédito para afrontar las reformas necesarias, en 2010 inaugura nueva tienda en un local más amplio. En los próximos tres años, las ventas caen un 50 %, y la juguetería quiebra. En 2015 se marcha a Londres, junto con su novia **EVA FERNÁNDEZ** (Santander, 1984), que trabajaba en un negocio familiar (una tienda de fotografía) que cerró un mes después que la juguetería de Berni. Lo mejor de haberlo perdido todo y no tener nada, dice Berni, es la facilidad con la que se podrán ir de Inglaterra si las cosas se ponen chungas con el *brexít*.

LA CHISPA

¿Por qué no decirlo? Hay un impulso aventurero, propio de la juventud, que contribuye también de forma poderosa a acrecentar la movilidad juvenil.

— Marina del Corral, secretaria de Estado de Inmigración

Noviembre de 2012

SORAYA No me apetece hablar de esto. No quiero mirar atrás, sino hacia adelante. Quiero construir. No quiero revivir el pasado, pero creo que tengo que hacerlo porque la gente tiene que saber por qué nos fuimos.

CINTIA Mis padres se divorciaron en 2004, cuando yo tenía dieciséis años. Al poco mi madre empezó a salir con el hombre que le arruinó la vida. Él se vino a vivir a nuestro piso, en Elche, y unos años después decidieron comprarse juntos una casa en Las Bayas. Para comprarla rehipotecaron el piso de Elche, ¡un piso que ya estaba pagado! Él me dijo: «Ya eres mayor de edad, búscate un trabajo». Él decía que era para que contribuyese en casa, pero yo creo que ya se olía la tostada, sabía que él no iba a poder seguir pagando esa nueva hipoteca y quería que entrase dinero. Yo había repetido bachillerato, así que me tocó estudiar y trabajar en el McDonald's a la vez. Tres años estuve para sacarme segundo de bachillerato.

LAURA Tenía muy claro que quería hacer un doctorado y tenía muy claro que no me apetecía irme fuera. Pero cuando terminé el máster me di cuenta de que mi especialidad en España no existía. Todos los profesores me habían animado a irme, pero no me apetecía en ese momento, así que aparqué el tema del doctorado. Prefería trabajar de lo que fuera para quedarme allí. Cuando estudias Historia te mentalizas para pasar por una fase de trabajos basura, incluso cuando las cosas iban bien. Sabíamos que teníamos muchas posibilidades de pasar por el McDonald's, pero el hecho

de que ya de entrada ni te cojan... Me resultó más frustrante no el tener que trabajar de camarera, sino que a otra compañera y a mí nos rechazaran en el McDonald's o en el Burger King. Nos dijeron: «Sí, sí, dejad ahí el currículum», pero nos miraron como diciendo: «No os vamos a llamar», supongo que porque tenían toneladas de currículums. Gracia no me hizo.

ERNESTO Me crié en Alcalá de Henares. Siempre he vivido ahí. No tengo recuerdos de Canadá. Mis padres siempre hablaban de Canadá y mis hermanos, que tienen diez y once años más que yo, también. Mis padres hablaban en inglés cuando no querían que yo me enterara de algo. Nunca consideré que tuviera una identidad canadiense, pero sí tenía presente que había nacido ahí y que había algo en mí.

CONCHI (MADRE DE ERNESTO) Yo en España estaba bien, estaba casada con un chico del instituto. Él trabajaba en la base de Torrejón, era intérprete. Éramos unos críos. Nos casamos y vivíamos en casa de mi madre. Yo trabajaba en una oficina, pero lo dejé al casarme porque en aquella época estaba mal visto. Tenía veintidós años. Tuvimos dos niños, trece meses se llevaban. Yo siempre quise estudiar Medicina, pero mi madre no podía pagármelo. Lo más que me dio fue un bachiller. Mi marido me dijo: «En Canadá podrías estudiar Medicina, ¿no querías hacerte enfermera?». Y en aquella época, como tenías que seguir al marido, dije: «Pues bueno, pues vale». A ver qué ibas a hacer.

BERNI Nací en Santander, pero con doce años, en 1992, me fui a estudiar a Inglaterra. Cuando falleció mi padre, en 2003, me volví a España a ayudar a mi madre en la juguetería. De la noche a la mañana me vi arrastrado a Santander. Fue como ver mi pesadilla hecha realidad. Dicen que la primera generación crea el negocio, la segunda lo expande y la tercera la caga... Cuando tomé las riendas de la tienda lo pensaba y me reía. ¡Pues hala, toma! Hicimos lo que estuvo en nuestras manos.

PETER Mis padres tenían muchas deudas, muchas cosas que pagar. Mi padre es autónomo, lleva su propia empresa, pero en esos días era el único que hacía todo el trabajo. Todos los ingresos se iban directamente

en pagar cosas. Tú dices: venga, hoy me quiero ir por ahí. O me doy una vuelta en la calle y no compro nada, o le pido dinero a mi viejo, agacho la cabeza y le digo: «Mira, papá, me apetece salir». También estuve viviendo unos años con mi madre antes de irme y con ella pasaba lo mismo. Era jodido decirle: «Oye, ya sé que estás trabajando todo el día, pero pásame un poco de tu parte para que pueda salir». Ellos no decían que no, pero como que te sienta mal cuando vas creciendo un poquito. Viendo cómo llegan cansados, cómo hacen todas las cosas diariamente, pues te echa un poco para atrás, joder. Por eso también me fui, porque quería ser independiente.

MARÍA P. Siempre le decía a mis padres que quería ser bilingüe de inglés. Acabé la universidad en septiembre de 2010 y dije: «La única forma de hacerlo es yéndome». Además, la situación tampoco era muy halagadora [sic] en cuanto a encontrar un trabajo. Dije: «Me voy de lo que sea». Pedí una beca del Ministerio de Educación para aprender inglés en el extranjero. A través de una página web que organiza este tipo de viajes me buscaron alojamiento y unas clases. Estuve el mes de octubre con una familia. Fui con billete de ida, pero sin billete de vuelta.

JORGE Estuve de beca en beca durante seis años en Roma, Londres, Ámsterdam y después en Guatemala con la AECID. Volví a España en 2010 y llegué jodido. Volví a casa de mis padres, en Valladolid. Que todo guay, ¿no? Mis padres tienen una casa grande y son muy majetes, pero... A mucha gente de mi generación el 15M nos salvó el culo, nos permitió meter energías en algo que nos gustaba y nos ponía bastante, pero en un momento dado empecé a ver que si quería volver a trabajar de lo mío me iba a tener que ir fuera sí o sí. María y yo nos conocimos a finales de 2011, ella es periodista y cubría las protestas. Yo me convertí en una de las caras reconocibles del 15M en Valladolid porque tenía mucho tiempo libre y porque no me importaba hablar en público. En un momento dado nos hicimos pareja y empezamos a pensar de qué manera podíamos hacer algo chulo juntos.

MARÍA A. Yo trabajaba en la televisión regional de Castilla y León, los sueldos eran bajos, a veces no llegabas ni a los mil euros. Conseguimos

que nos pagaran los fines de semana, pero luego vino más la crisis y nos los quitaron. Estabas en los novecientos cincuenta y si hacías algún festivo, mil. Una puta mierda. Con un estrés del copón, etcétera. Hubo un primer ERE en 2011 que afectó a unas cuarenta personas, muchas para una empresa no tan grande. Con la crisis empezó una especie de amenaza constante de despido: «Estamos al límite, ¿qué va a pasar con nosotros?, ¿va a seguir esto o no?».

SORAYA Viajar me ha gustado siempre, había estado en Italia y en Vietnam, pero a la hora de formar una familia yo quería quedarme en España. Nos habían dicho que no íbamos a poder tener hijos, así que quedarme embarazada fue una sorpresa total. Y ahí me di cuenta de que quería estar cerca de la familia. Quería que mi madre pudiese disfrutar de sus nietas y que las nietas pudiesen disfrutar de su abuela. Está bien viajar, pero a la hora de formar un nido yo siempre me había imaginado cerca de mi familia. Pero nos tuvimos que ir.

ERNESTO Soraya tenía una beca de tres años, así que nuestra idea era irnos a Hanói y estar tres años allí. Eso fue en 2011. Al día siguiente de enterarse de que estaba embarazada, recibió un correo del AECID comunicándole que la beca se cancelaba por recortes y que cuando acabase el curso en junio no se podía renovar por más tiempo. Como habíamos pensado irnos tres años, la casa que habíamos comprado en Alcalá en la época de las vacas gordas la teníamos alquilada. De repente vimos que no teníamos casa, que no teníamos posibilidad de ir a vivir a ningún sitio: aunque pudiéramos echar a los inquilinos, tampoco podíamos pagar la hipoteca. No teníamos un trabajo ni ningún ingreso, así que nos fuimos a vivir a casa de los padres de Soraya en Torrejón.

LEONOR Cuando nos fuimos aún no se hablaba de la crisis, pero la gente informada lo veía venir. Te hablo de mayo de 2008; la caída de Lehman Brothers fue en octubre. Quizá yo no estaba informada, pero siempre sentí que podríamos volver cuando quisiésemos, a los dos años o cuando fuese. Nuestro discurso era: «Si nos va mal, volvemos». Mi generación, creo, solía pensar que para mejorar, para prosperar, estaba bien tener cierta experiencia internacional, pero no que eso fuese una necesidad, no que la migración se convirtiese en una necesidad.

BERNI El negocio lo empezó mi abuela en 1944, era un quiosco donde se remendaban medias. En los años cincuenta y sesenta, cuando empiezan a llegar turistas franceses, mis abuelos ven la oportunidad de meter *souvenirs* y empiezan a vender juguetes en la época navideña. Poco a poco la juguetería gana espacio. En 1978, cuando la democracia va arrancando, mis padres regresan de Holanda, donde habían nacido mi hermana y mi hermano, y toman las riendas de la tienda. Al año siguiente nací yo.

JORGE A principios de 2013 ya tenía claro que había agotado mis opciones. Por un lado, tenía un desgaste público muy fuerte por mi papel en el 15M: Valladolid es una ciudad pequeña donde si te significas todo el mundo te conoce. En el momento en que te metes en política... Por ejemplo, hicimos unos vídeos criticando a la Diputación Provincial y eso al marido de mi madre, que trabaja allí, le trajo movidas. Te vas convirtiendo un poco en un personajillo local. Por otro lado, había aprovechado para hacer una maestría y retomar estudios de doctorado. Siempre dentro de la precariedad, pero también desde el privilegio de que mis padres, como dicen aquí, me bancaban . No había problema en que me quedase con ellos. Hacía trabajillos en negro, pero si necesitaba pasta me la daban. Aun así, ya con treinta y seis años dices: «Hostias, si me quedo aquí no vuelvo a trabajar».

LAURA Conseguí un trabajo de camarera, sin contrato y cobrando poco. El bar cerró al poco tiempo porque no iba muy bien. Luego estuve dando clases particulares en verano: una sustitución en una academia, también muy mal pagado. Luego en otra academia, pero prácticamente me daba para pagarme el desplazamiento y poco más. Daba clases de todo: Historia, Francés, Inglés, Sociales, Geografía y Lengua, y como estaban todos los niños mezclados algunos incluso me preguntaban cosas de Matemáticas.

CINTIA En McDonald's conocí a Jose, en 2009. Es una persona muy *tirá pa'lante*, y su madre y él decidieron irse a Brighton sin tener ni idea de inglés. Me dice: «Cintia, vente conmigo, qué haces trabajando en

McDonald's, aprendemos inglés...». Yo lo miro, hago cuentas, hablo con mi madre y le digo: «Me quiero ir». No me puso ninguna pega, pero la situación con su pareja ya era terrible, no pagaba su parte de la hipoteca y ella tuvo que prestarle dinero. Veinte mil euros. Me daba miedo dejarla sola. Y menos mal que no lo hice porque, años más tarde, cuando este tío se piró y mi madre consiguió que no la desahuciaran por impago, yo tuve que comprar el piso de Elche que rehipotecaron para no dejar a mi familia sin nada. Lo compré por cuarenta mil euros con mi nómina de cuatrocientos euros del McDonald's. No es que salvase a mi familia, no soy una heroína, pero si hoy pasa algo, mi familia tiene una casa donde estar. Sentía la responsabilidad de quedarme, y aunque deseaba irme, no podía.

PETER Yo estaba estudiando Desarrollo de Aplicaciones Web, aquí en Madrid, y dije: «Está muy bien, mola un montón, pero necesito un cambio en mi vida». Los únicos curros que tuve fueron de camarero durante el verano, alguna cosa que me conseguía mi madre. Siempre había ofertas en restaurantes que hacían grandes eventos y pedían mucha gente. Trabajé con unos señores durante bastante tiempo. Se supone que te apuntaban a la Seguridad Social y todo eso, pero me pagaban en negro. También estuve trabajando por mi cuenta de *freelance* como diseñador y poco más. No había un ingreso constante de dinero, y eso de tener veinte años y seguir dependiendo de tus padres... sienta un poco mal. Entonces pensé: «El día que me den las notas me largo de aquí y voy a probar, hago la experiencia, y si pasa que me quedo, me quedo. Y si no, pues nada».

CLEMENTE (PADRE DE PETER) Si mi hijo ha emigrado y se ha buscado las habichuelas, le sirve para madurar. Se ha dado cuenta de cómo ha sido el sacrificio de su padre: vivir solo, pagarse sus cosas. Me lo ha dicho él también: «Papá, no pensaba que fuese tan complicado». «Así es, hijo». Va aprendiendo en la vida. Constantemente yo le doy consejos con mi experiencia como inmigrante aquí.

JORGE Mi familia estaba acostumbrada a que estuviera fuera. Siempre les había dado un montón de pena, pero nunca había visto llorar a mi padre. El día que me despedí de él para irme a Uruguay... Joder, todavía

me emociono al pensarlo. Siempre ha sido un señor como muy tal, y decía: «Ay, hijo, hijo», con unos lagrimones... Me quedé totalmente *flasheado*, de hostia puta, cómo está la cosa. Mi madre me decía: «Vete, es lo que tienes que hacer, tal y como está el tema». En lo que no estaba de acuerdo es en que lo hiciera tan a lo loco. Entre mis amigos fue más complicado. No hubo mal rollo, pero sentí que estaba dejando tirada a bastante gente. Toda la gente del 15M me decía: «Tío, no, no te puedes ir ahora». El otro sector de amigos vallisoletanos más conservadores me decía: «Cuando tienes veinticinco o veintiséis lo entendemos, pero ahora con treinta y cinco te vas a pirar... ¿A hacer qué exactamente?».

MARÍA P. Mi plan era buscar trabajo durante ese mes y un alojamiento. El pánico me entró la semana antes de que se me acabara la estancia con la familia. Había un señor español, Borja, que tenía una página web que se llamaba Objetivo Inglaterra y que te buscaba casa, te ayudaba con los papeles que necesitas para trabajar allí y te aseguraba entrevistas de trabajo en hostelería. Yo no quería trabajar en hostelería, no porque tenga nada de malo, pero yo quería tiendas de ropa y eso. Y ya había tenido un par de entrevistas. Contacté con él y le dije: «No quiero todos tus servicios, solo quiero que me des un alojamiento, ya tengo toda la documentación». Él me dijo: «Yo te doy alojamiento, pero pagas el paquete entero».

ERNESTO Al llegar a España nos dimos cuenta de cómo estaba todo allí. No salía nada en el ámbito del teatro ni en el de la enseñanza, y en otros sitios me decían que estaba sobrecualificado. Fui a un taller de preparación de currículum del INEM y me recomendaron que quitase ciertas cosas por si los empleadores pensaban: «Este hombre tiene mucha formación y en cualquier momento va a irse cuando encuentre algo más acorde a lo suyo, así que para qué vamos a invertir en él». Quité el doctorado y la experiencia como profesor. No conseguí trabajo y se me había agotado el paro. Pensé en matricularme en algún curso de formación profesional y cambiar de campo laboral. Había un curso de electricidad y otro de instalación de aire acondicionado en la Concejalía de Empleo, pero no pude hacerlos porque cuando llegué ya estaba todo lleno. Darnos cuenta de que ni por un lado ni por otro íbamos a conseguir

trabajo fue un proceso largo, así que empezamos a plantearnos la posibilidad de irnos a Canadá.

CONCHI Mi marido en realidad tenía trabajo. Me dijo que iba a buscar algo que le gustase más. En aquel año, 1966, en Canadá estaban buscando gente. «Mira: voy y busco trabajo. Que me va bien, te reclamo». Como le fue bien, me llamó, me reclamó, y me fui yo con los dos niños. Fue horrible. Estaba viviendo con otra mujer y quería vivir con las dos. Yo que nunca había salido de aquí... La otra era inglesa, tenía como cincuenta años, unas gafas muy gordas, de aquellas de culo de vaso. Decía que quería vivir con las dos, que en aquel país estaba permitido. Y yo llorando y llorando con los dos niños. Él trabajaba de delineante.

LAURA Cuando empecé a trabajar de camarera mi madre tenía una visión bastante positiva, yo creo que intentaba animarme un poco. Me decía: «Bueno, es un trabajo que te va a cansar mucho, pero mentalmente te va a servir para relajarte porque has pasado un año muy duro con el máster y no pasa nada por que aprendas a trabajar de este tipo de cosas». Mi padre yo creo que estaba más frustrado que yo. Mi padre lo llevaba muy mal, él decía: «Tantos años estudiando una cosa tan buena para acabar de camarera». No le gustaba, no quería que me estancara allí. En el tema de irme fuera me han apoyado siempre, pero al principio creo que les costó más. Se lo notaba más a mi padre. Él me intentaba buscar trabajos cerca de casa. Me decía: «¿No habrá alguna empresa por aquí que pueda necesitarte para Recursos Humanos o para algo...?». Él intentaba que me quedara cerca.

CARLOS (PADRE DE LAURA) Yo lo que quería es que no se fuese. Ella estudió lo que quiso estudiar. No le pusimos ningún inconveniente, aunque sabíamos que no tenía prácticamente ningún futuro aquí. Yo pensaba que igual lo suyo tenía otra salida, no sé, en alguna empresa o algo así. Como no tenía ninguna, dije: «Pues para estar de camarera... Con todo el respeto hacia los camareros, pero te has pegado cinco años estudiando una carrera, llevas un año de máster y luego haces esto y lo otro. Sabes francés, sabes inglés...». Nunca acababa de convencerme que trabajase de cualquier cosa. Este país no está preparado para los jóvenes,

se ha quedado de residencia vacacional para los alemanes y los ingleses. Aquí lo único que hace falta son camareros muy bien preparados, con idiomas, para atender a los señoritos que vienen de fuera. ¿Qué futuro le quedaba ahí?

MARÍA A. Sentía que algo fallaba: el entorno laboral cada vez era peor, veía más corrupción, que se reían del ciudadano, echaban a la gente de sus casas y les daba igual. Al trabajar en un medio donde siempre contaba las penurias de los demás, porque yo estaba en la sección de Economía, era como una acumulación. Sientes como que eres muy pequeño. A veces es muy difícil darse cuenta de lo mucho que estás siendo aplastado, pero parece que la gente por fin tiene ganas de cambiar eso. Me fui por una mezcla de todo: por la situación política y económica, pero también tenía ganas de dejar todo atrás y empezar algo nuevo, algo que me ilusionase y no estar todo el día enfadada.

BERNI En 2004 me metí de lleno en la tienda y empezamos a buscar un nuevo local en Santander. Sin prisa, pero siempre con el radar puesto. Lo encontramos en 2009, era una maravilla y estaba a unos metros de la tienda original. Era perfecto, aunque requería una gran inversión: entre la reforma y echarlo a rodar fueron unos cuatrocientos mil euros. Hicimos números asesorados por gente que sabía y decidimos lanzarnos. Mi madre hipotecó su casa y con los ahorros que teníamos empezamos las obras. Estábamos en plena crisis, ya la estábamos empezando a sufrir, pero pensábamos: «¡No va a durar para siempre!». Además, las Navidades de 2008 habían sido las mejores que habíamos tenido nunca en la tienda. Abrimos el nuevo local en septiembre de 2010. Lo que se empezaba a oír era que en 2011 las cosas iban a ir mejor. «Bueno, si tenemos dos años chungos podemos aguantar», pensábamos. «En el peor de los casos podemos pagar el mantenimiento». Las ventas no aumentaron ni se mantuvieron, sino que bajaron un 50 % en tres años. Tuvimos una campaña navideña aceptable en 2010, 2011 empezó fatal y ya no levantamos cabeza.

CINTIA Iba en serio, lo miré todo. Vuelos, dónde quedarme, hablé incluso con mi jefe en McDonald's para pedir una excedencia. Jose contaba con

que me iba con él. En McDonald's me dijeron que sí, que me daban una excedencia, pero que si volvía no sabían si tendría trabajo. Y supongo que ese era mi miedo. «¿Y si no me va bien allí?», pensaba. «Si me vuelvo ni siquiera tendré trabajo». Veía que cada vez más gente se iba y yo me sentía incapaz. Pensaba: «Me voy con Jose y su madre, ¿y qué?». Ellos tenían algo de dinero ahorrado, pero yo no. Yo me iba sola. Mi madre me dijo: «Si te vas, te deseo lo mejor, pero yo no puedo ayudarte económicamente, Cintia».

LEONOR Mi chico trabajaba en una empresa de comunicaciones. Le dieron la oportunidad de irse a Luxemburgo, y como mi contrato en la universidad duraba un año y se me acababa, me fui con él un poco así, alegremente. Le apoyé ciegamente. Ciegamente porque en ese momento no vivíamos juntos, solo llevábamos un año, y lo vi como una oportunidad mucho más rápida e interesante de afianzar nuestra relación. Creo que mereció totalmente la pena apoyarle, lo que pasa es que yo necesito resultados muy inmediatos y los buenos resultados llegaron con el tiempo. Sería absurdo decir que fui expulsada por la crisis. La migración siempre la vimos como algo concreto, en un período determinado de tiempo y con posibilidad de volver, claro, cuando nosotros quisiéramos.

ENRIQUE (MARIDO DE LEONOR) Nos fuimos en ese momento precrisis en el que aún no se vislumbraba el impacto de todo. «Vamos a tener una experiencia internacional, parece que hay una oportunidad que está bien, nos volveremos dentro de poco, vamos a disfrutarlo y ya está». Pensábamos volver en dos o tres años como mucho. La cosa se fue alargando y cuando decidimos que queríamos volver a España... no pudimos. El momento que me hizo pensar que realmente quería volver fue cuando nació nuestra hija. Hasta entonces echaba de menos a mis amigos, a mi familia, el tiempo, por supuesto, el sol..., pero no era algo tan presente y yo todavía estaba disfrutando la experiencia de vivir fuera. Pero cuando nació Cristina en febrero de 2013... No es por decir: «Vuelvo y que me ayuden mis padres». No es tan sencillo. Es como que algo dentro de mí se empezó a mover, la añoranza...

JORGE No sé cómo estará el asunto ahora, pero a principios de 2013, por lo menos en Valladolid, había una depresión colectiva de la hostia. Además con mucha presión política: acababa de recibir dos propuestas de sanción de la Subdelegación de Gobierno por participar en una manifestación legal. Un día me llamó mi padre y me dijo: «¡Hijo! Ha venido un policía a dejarte una carta». Y le digo: «¿Ah, sí? Qué bien, qué bonito, ábrela». Entonces la abrió y empezó a refunfuñar: «Joder, esto ni en la dictadura, hostias». Y le digo: «Qué dice». «Nada, que te proponen para una sanción administrativa —que no sé si era de ochocientos o mil euros— por haberte manifestado sin permiso tal día». Ese «tal día» había habido una cacerolada porque se había votado algo en Europa y nos habíamos juntado cien personas delante de la catedral. Habían sido como cuarenta minutos y ya.

MARÍA P. El de Objetivo Inglaterra me pedía mucho dinero, serían unos quinientos euros. Ahora visto desde fuera me sentí un poco utilizada, se aprovechaba de la situación, pero en ese momento me vino bien. El alojamiento estaba en una zona que se llamaba Leyton. Era un poco... Yo no me sentía muy segura andando por la calle, vamos a decirlo así. Vivía en una típica casa inglesa de tres plantas y un sótano con catorce personas, todos españoles. Era algo provisional. Había ido allí a aprender inglés y relacionándome con españoles no iba a aprender nada. Iba con un plazo determinado, no iba a vivir la aventura —bueno, también un poco —, estaría allí hasta que supiera inglés y después me volvería. Teníamos dos baños, había uno que nos robaba la comida... Las típicas cosas que pasan cuando viven catorce personas juntas.

ERNESTO Soraya no podía buscar trabajo porque estaba embarazada de cinco meses y además de gemelas. Con una tripa tan gorda nadie la iba a contratar sabiendo que en cualquier momento podía dar a luz. Seguí buscando trabajo y no había nada. O lo que había estaba muy mal pagado. Una escuela de español en Madrid me ofrecía una jornada de seis horas diarias, sin contar con el tiempo para preparar las clases ni para corregir exámenes y trabajos. Todo ello, seiscientos euros brutos al mes. Pensé: «No voy a ver a mis hijas, y ese dinero no me llega para mantenernos si queremos dejar de estar en casa de los padres de Soraya».

SORAYA Llegó un momento en el que, incluso en el mejor de los casos, si encontrábamos trabajo los dos, tendríamos que dejar a las niñas con mi madre. Y llegar por la noche cuando ya estuvieran durmiendo. Esto lo sufre la gente que está en España. Ahora mismo tengo amigas que no tienen horario de salida y los sueldos tampoco les dan como para que solo trabaje uno. No puedes mantener a la familia con un sueldo ahora mismo allí.

PILI Hay una diferencia entre la familia de Ernesto y la familia de Soraya. A ambos les gusta viajar, pero la familia de Ernesto está compuesta por pilotos, azafatos, la madre ya emigró a Canadá... Mientras que mi familia viaja de aquí a Cuenca. Para mí personalmente es muchísimo más duro. Es un mundo.

BERNI El día que decidimos el cierre nos reunimos mi madre, nuestros asesores, mis tíos (no presencialmente, pero sí en la distancia) y yo. Decidimos cerrar con los números en la mano. Muy rojos. Rojos los números, mis asesores no eran rojos, eran un poco azules. En ese momento se me quitó una carga de encima. En el último año y medio había sufrido acidez de estómago, vértigo, en algún momento me recetaron Valium... Hay que ser muy fuerte para que no te afecte el cierre de un negocio. No lo digo por el negocio en sí, sino porque repercute en familias: a todos nos gusta comer tres veces al día, y si no estás pagando los salarios alguna familia lo va a pasar mal, y algunos se habían metido en hipoteca, y una chica estaba planeando tener un bebé... ¡Son historias reales! Y si a un proveedor no le pagas la factura, a lo mejor tiene a otros cincuenta clientes que no le pagan las facturas, y te llaman por teléfono...

PETER Hice tres proyectos para un bar y me saqué novecientos euros más o menos. De ahí cogí y me compré el billete para verano, con dos semanas de antelación, me salió bastante caro. Con lo demás dije: «A probar». Se lo conté a mi madre, estuve hablando con una chica que vivía en Londres y que había conocido en un festival y al final le dije: «Mira, oye, voy a ir estas fechas, si no te importa acogerme durante dos semanas hasta que encuentre algo, sería genial».

LAURA Vi que no podía seguir en Madrid porque no tenía con qué